



Ambiente y Decoro en la celebración Canto, Música, Lugar...

Ricardo Valenzuela P., S.L.D.

Presentación

A somarse al Misterio conlleva un compromiso concreto: vivirlo, amarlo, contemplarlo. Por ello que al tocar cualquiera de los temas correlativos al mismo, me invita a conducirme en esta presentación con alegre sumisión ante este Misterio que celebramos por medio de ritos y preces, en un ambiente determinado y con el decoro que le es propio.

A lo largo de esta exposición buscaré caminar con ustedes en el delicado sendero del espacio celebrativo que, al hundir sus raíces en las notas fundamentales del acontecimiento salvífico, demanda que observemos con atención y cuidado las manifestaciones de lo divino; así como en el episodio de la zarza ardiente¹, hemos de caminar a pie desnudo sin buscar dejar nuestra huella, sino dejando que su impronta marque el celebrar que nos ha encomendado.

Dicho espacio celebrativo flota, por así decirlo, en la determinación que buscamos del mismo; se aleja mientras se acerca; se hace inasible mientras lo tocamos con signos. Lo espiritual que no vemos, lo expresamos precisamente con signos, con palabras, con gestos, con acciones para buscar entenderlo y entonces presentarlo con elementos materiales que, en su límite propio, hacen posible la comunicación. Es aquí donde la liturgia llena, continúa y acerca este espacio entre signo/prez material y la gloria inmaterial.

Ahora bien, en medio de esta consideración conviene pensar que los términos empleados para definir la «*qualitas liturgica*» de un elemento celebrativo (signo, palabra, gesto, ornamento, arte, música, arquitectura, etc.) adolecen de la plenitud semántico descriptiva que permita entender absolutamente el Misterio. Por esta razón que será necesario entender ampliamente los términos «ambiente»², «decoro»³ y «belleza»⁴, de manera que veamos el reflejo de la gloria más allá de nuestros límites, ya que en la dinámica celebrativa experimentamos constantemente una transfiguración en los signos que sacramentalmente expresan una realidad gloriosa; en los bautizados que manifiestan su identidad como “Cuerpo Místico”; en el rito que adelanta lo diverso de la vida divina. Con plena razón la Iglesia ora a su Señor: “fortaleciste nuestra fe con el testimonio de Moisés y Elías y nos dejaste entrever la gloria que nos espera, como hijos tuyos”⁵.

¹ Ex 3,1-6.

² «Ambiente», RAE en *Microsoft® Encarta®* 2006: “(del lat. *ambiēns, -entis*, que rodea o cerca) adj. Dicho de un fluido: Que rodea un cuerpo. || **2.** m. Aire o atmósfera. || **3.** Condiciones o circunstancias físicas, sociales, económicas, etc., de un lugar, de una reunión, de una colectividad o de una época. || **4.** Grupo, estrato o sector social. Ambientes intelectuales, populares, aristocráticos. || **5.** Actitud de un grupo social o de un conjunto de personas respecto de alguien o algo. *Juan tiene buen ambiente entre sus colegas. La propuesta encontró mal ambiente.* || **6.** Pint. Efecto de la perspectiva aérea que presta corporeidad a lo pintado y finge las distancias. || **7.** Am. Habitación de una casa”.

³ «Decoro», RAE en *Microsoft® Encarta®* 2006: “(del lat. *decōrum*). m. Honor, respeto, reverencia que se debe a una persona por su nacimiento o dignidad. || **2.** Circunspección, gravedad. || **3.** Pureza, honestidad, recato. || **4.** Honra, pundonor, estimación. || **5.** Nivel mínimo de calidad de vida para que la dignidad de alguien no sufra menoscabo. *Su sueldo le permite vivir con decoro.* || **6.** Arq. Parte de la arquitectura que enseña a dar a los edificios el aspecto y propiedad que les corresponde según sus destinos respectivos. || **7.** Ret. En literatura, conformidad entre el comportamiento de los personajes y sus respectivas condiciones sociales. || **8.** Ret. Adecuación del lenguaje de una obra literaria al género, al tema y a la condición de los personajes. || guardar el ~. fr. Comportarse con arreglo a la propia condición social. || guardar el ~ a alguien o a algo. fr. Corresponder con actos o palabras a su estimación o a su merecimiento”.

⁴ «Belleza», RAE en *Microsoft® Encarta®* 2006: “(de *bello*). f. Propiedad de las cosas que hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual. Esta propiedad existe en la naturaleza y en las obras literarias y artísticas. || **2.** Mujer notable por su hermosura. || ~ artística. f. La que se produce de modo cabal y conforme a los principios estéticos, por imitación de la naturaleza o por intuición del espíritu”.

⁵ *Oración Colecta* en la Transfiguración del Señor, MR² Mx 519.

Prefacio «In Transfiguratione Domini»

Dado que la fuerza nos viene de aquel que ha querido encarnarse para llevarnos al seno del Padre y nos revela su gloria por medio de signos y momentos epifánicos, he querido apoyarme en el esquema del Prefacio de la Transfiguración⁶ para delinear el itinerario que recorreremos diariamente al celebrar la liturgia: hemos sido elegidos para contemplar la gloria manifestada en la realidad corporal mientras quitamos el velo del pecado y la limitación que produce la confusión del indecoro y de la fealdad.

*Qui coram electis testibus suam gloriam revelavit⁷,
et communem illam cum ceteris corporis formam
maximo splendore perfudit⁸
ut de cordibus disciplinorum crucis scandalum tolleretur⁹,
et in totius Ecclesiae corpore declararet implendum
quod eius mirabiliter præfulsit in capite¹⁰.*

Desarrollo

Como punto de partida para el análisis de este prefacio, conviene recurrir al siguiente texto:

Aperit Dominus coram electis testibus gloriam suam, et communem illam cum cæteris corporis formam tanto splendore clarificat, ut et facies eius solis fulgori similis, et vestibus candori nivium esset æqualis. In qua transfiguratione illud quidem principaliter agebatur, ut de cordibus discipulorum crucis scandalum tolleretur; nec conturbaret eorum fidem voluntariæ humilitas passionis, quibus revelata esset absconditæ excellentia dignitatis. Sed non minore providentia spes sanctæ Ecclesiae fundabatur, ut totum corpus Christi agnosceret quali commutatione dodandum, et eius sibi honoris membra promitterent, qui in capite præfulsisset¹¹.

Las ideas fundamentales con las que León Magno desarrolla este sermón de Transfiguración, sirven de base para expresar la fuerza de la eucología que canta el evento de la gloria manifestada y busca responder a las interrogantes del hombre que, celebrando, se ve involucrado en una teofanía del todo iluminadora. Entramos al análisis del prefacio.

Qui coram electis testibus suam gloriam revelavit

En la traducción que nos ofrece el Misal para México “porque Cristo nuestro Señor reveló su gloria ante los testigos que él escogió”, resulta evidente que la fuerza reside en la revelación de la gloria,

⁶ MISSALE ROMANUM, *Ex decreto sacrosancti æcumenici Concilii Vaticani II instauratum auctoritate Pauli PP. VI promulgatum Ioannis Pauli PP. II cura restitutum*, Editio Typica Tertia, Tipis Vaticanis, Ciudad del Vaticano 2002: *Præfatio in Transfiguratione Domini*, 801.

⁷ Porque Cristo nuestro Señor reveló su gloria ante los testigos que él escogió, en MR² Mx 520.

⁸ Y revistió con máximo esplendor su cuerpo, en todo semejante al nuestro.

⁹ Para quitar del corazón de sus discípulos el escándalo de la cruz.

¹⁰ Y anunciar que toda la Iglesia —su cuerpo—, habría de participar de su gloria que tan admirablemente resplandecía en Cristo, su cabeza.

¹¹ LEÓN MAGNO, *Sermón* 51, 3: PL 54, 310.

como voluntad de Dios. Él mismo desea presentar en el Hijo la gloria que lo rodea y elige testigos para que la contemplen y se vean fortalecidos¹².

El prefacio nos coloca delante una realidad que no podemos olvidar. La elección que Dios hace de nosotros nos permite contemplar una gloria de la que no sólo somos testigos, sino imagen que transformada por el Espíritu Santo refleja, como un espejo, la gloria de Dios: «*Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes in eandem imaginem transformamur a claritate in claritatem tamquam a Domini Spiritu*»¹³.

Se trata, entonces, de dejar resplandecer esa luz que brilla en lo profundo y que puede brotar sólo de una vida interior animada por la fe en Cristo muerto y resucitado: «*Sic luceat lux vestra coram hominibus ut videant vestra bona (kala/) opera et glorificent Patrem vestrum qui in caelis est*»¹⁴. En ese sentido, la liturgia es teofanía que permite ése intercambio de gracia que glorifica al Padre y que glorifica a quienes participan de su amor irradiante y se alegran exultantes de “participar de los sufrimientos de Cristo [así como] en la revelación de su gloria”¹⁵.

De lo anterior se puede deducir que los signos sensibles, las palabras y el espacio celebrativo en la liturgia, se configuran como el lenguaje revelante de la gloria del Señor Jesús. Por ello que el decoro y la belleza son el lenguaje propio de la gloria, como si se tratara de un determinado lugar de emisión/revelación. La belleza o el decoro litúrgicos, en este sentido, deben acompañarse de la disciplina de la libertad —de la comunidad glorificada— que permite amplificar las modalidades de la comunicación espiritual en clave significativa.

et communem illam cum ceteris corporis formam maximo splendore perfudit

“Y revistió con máximo esplendor su cuerpo, en todo semejante al nuestro”. Al imaginar la escena de Cristo revestido “con máximo esplendor”, se me ocurre pensar que se trata de una experiencia sobrecogedora, al tiempo que provoca estupor; sobre todo porque es el mismo Dios que muestra todo su esplendor al hombre¹⁶, que como ciudadano del cielo, está llamado a transfigurarse por el poder que Cristo tiene de someter todas las cosas en sí: «*nostra autem conversatio in caelis est unde etiam salvatorem expectamus Dominum Iesum Christum qui reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae secundum operationem qua possit etiam subicere sibi omnia*»¹⁷.

La acción transformadora que se opera por la gloria revelada, nos coloca en un espacio o momento de salvación tales, que nuestra acción litúrgica se reviste precisamente de esplendor. El ambiente litúrgico, por lo tanto, es transfiguración de lo humano en divino y la “belleza celebrativa” es una expresión de la cualidad humana del cristiano que camina hacia la santidad. Es aquí donde puedo afirmar, que nuestras liturgias, por su decoro y belleza, ponen de manifiesto que en la “humildad de nuestra carne”¹⁸ brilla ante nuestros ojos la gloria Cristo con nuevo resplandor¹⁹.

El ambiente y litúrgico, y por ende el decoro, entran en esta dimensión de renovación y de plenitud. Su tarea, entonces, es la de expresar con fuerza y coherencia que aquello que en el mundo yacía

¹² 1 Pe 5,10: “*Deus autem omnis gratiae qui vocavit nos in aeternam suam gloriam in Christo Iesu modicum passus ipse perficiet confirmabit solidabit*”.

¹³ 2 Cor 3, 18.

¹⁴ Mt 5, 16: “Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

¹⁵ 1 Pe 4, 13: “*Communicantes Christi passionibus, ut et in revelatione gloriae eius, gaudeatis exultantes*”.

¹⁶ Bar 5, 3: “*Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub caelo est*”.

¹⁷ Cf. Fil 3, 20-21.

¹⁸ Prefacio de Adviento I.

¹⁹ Prefacio de Navidad I.

derrumbado ha sido reconstruido en la persona de Cristo²⁰. Sólo así se puede entender que la belleza es expresión de madurez humana consciente de tal restauración y por lo tanto se proyecta como capacidad de libertad y de amor; es esencial que el cristiano descubra lo que le es propio, es decir, llegar a ser hombre pleno actuando la belleza en sí mismo y en las relaciones vividas que tienen referencia en toda la dimensión litúrgico celebrativa.

En el proyecto de renovación y transfiguración en Cristo, entendemos que aquello que se vio afectado por el pecado, ha sido reintegrado en la unidad como creación nueva²¹, como expresión de belleza plena porque “vio Dios que era bueno”²². Es aquí donde el sentido simbólico del “*Ἰὸν*”²³, condensa no sólo la bondad del don divino, sino su finalidad y funcionalidad respecto al proyecto creador y su armonía estética²⁴. Se reflexiona sobre el sentido del ser, por lo que pasamos de un análisis estructural a una contemplación. La belleza se entiende, por tanto, como expresión epifánica que se revela en el cosmos²⁵.

Al llegar a este punto y en conexión con la celebración del Misterio, que adquiere un fuerte significado en la expresión del Sal 92: «*Bonum est confiteri Domino et psallere nomini tuo, Altissime*»²⁶. Se trata de una exaltación en la que se entrelaza sinfónicamente, la música, el canto, la oración, la liturgia, el arte y la alegría.

La espiritualidad cristiana expresada por medio de la liturgia, tiene las implicaciones propias de la transfiguración y su desarrollo se resume con la expresión «*Quoniam rex omnis terræ Deus, psallite sapienter*» ya que la alabanza al rey del cielo se realiza con maestría²⁷.

ut de cordibus disciplinorum crucis scandalum tolleretur

“Para quitar del corazón de sus discípulos el escándalo de la cruz”. Esta expresión abre la dramática experiencia humana de la “vida” que pende de la cruz. El escándalo entendido como confusión abre una grieta en el corazón del hombre que no alcanza a descubrir la gloria como consecuencia de la cruz. La tarea encomendada a la comunidad apostólica en virtud del mandato «*hoc facite in meam commemorationem*»²⁸, se cifra precisamente en la actualización del Misterio Pascual que iniciaba solemnemente en aquella última cena. Se trata de una tarea de anuncio, transformación y significación.

²⁰ Prefacio de Navidad II.

²¹ Prefacio de Navidad II.

²² La metáfora bíblica del *Ἰὸν*, está ligada al acto de ver (y vio Dios que era bueno) y se pone de manifiesto en el libro de la Sabiduría 13, 7 “porque son buenas las realidades que se ven” (*quoniam pulchra sunt, quæ videntur – kala\ ta\ blepo/mena*). La estética tiene su fuerza en lo creado por Dios que es bueno.

²³ El horizonte de la teología de la creación se apoya en el término hebreo *Ἰὸν* que aparece 741 veces en el A. T. y que puede traducirse como bueno, bello, agradable, placentero, verdadero, práctico, útil, alegre, gustoso, suave, satisfactorio, idóneo, favorable, recto, abundante, simpático, fascinante, justo, honesto, proporcionado, dulce, perfumado, clemente, benévolo, valioso, apropiado, imitable... La multiplicidad de las expresiones forma parte de la misma antropología unitaria y simbólica propia de la concepción bíblica.

²⁴ RAVASI, G., «Dio vide che era *Ἰὸν*», en *Parola, Spirito e Vita* 44 (2001) 11-20. El esquema septenario nos habla de perfección y plenitud; sobre dicha estructura se apoya otro esquema que plantea en dos momentos una simetría que se describe de la siguiente manera: tres días que expresan cuatro obras de “separación” y los otros tres días obras de “ornamentación”. Se aprecian dos operaciones: separar y ornar de donde se sigue que aquello que se ha separado se refiere substancialmente a la victoria del ser sobre la nada, así como para celebrar la perfección y la belleza del acto creador de Dios.

²⁵ *Gn* 2,1; *Dt* 4,19; 17,3; *Is* 24, 21. El cosmos se entiende como armonía, orden, unidad, belleza. Cf. BONORA, A., «Cosmo», en ROSSANO, P. – RAVASI, G., *Nouvo dizionario di Teologia Biblica*, Cinisello Balsamo 1988, 322-340.

²⁶ *Sal* 92 (91), 2: “Es bueno alabar al Señor, cantar para tu nombre, oh altísimo”.

²⁷ *Sal* 47 (46), 7-8: “Dios asciende entre aclamaciones; el Señor al son de trompetas: tocad para Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad. Porque Dios es el rey del mundo: tocad con maestría. Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado”.

Esta acción de la Iglesia, expresada en categorías litúrgicas está llamada a disipar las tinieblas del caos como signo de la nada, de lo no creado, de lo no divino y que tiene verificativo en lo que no es “bello” ni “decoroso”. Conviene por tanto, asegurar los conceptos y definir las formas a partir de la contemplación del Misterio que nos hable de su belleza y nos dicte sus patrones, a fin de que la celebración en su entorno y con sus signos nos presente lo divino con lenguaje divino.

Se establece así una lucha²⁹ por conseguir la belleza no como expresión de un esteticismo vacuo, sino como expresión de la necesaria disciplina, de la ascesis, de la lucha interior, del arte del discernimiento de los pensamientos para que se manifieste del modo más bello, el interior escondido del hombre³⁰. En otras palabras, la belleza entendida como reflejo del ser y del obrar divino, significa escapar de la superficialidad, osar las profundidades, adquirir la capacidad de pensar, de valorar serenamente las situaciones, de escoger asumiendo los riesgos del error y evitando refugiarse en la flojera intelectual, en la repetición inconsistente de los gestos y de los argumentos, en el autoritarismo o en la neurosis de hacer y ritualizar sin sustento teológico; no hay belleza sin interioridad viva y lúcida.

La belleza celebrativa se expresa en medio de las dificultades del mundo, entre “guerras y voces de guerra”³¹. Hay un trasfondo de horror, de fealdad de la que el hombre es capaz cuando se deshumaniza, cuando no se muestra a la altura de su propia humanidad, lo que puede derivar —por consecuencia— en la indignidad, indecoro o fealdad en el ambiente celebrativo y en toda la pretendida celebración del Misterio.

La imagen por excelencia de la belleza humana es la transfiguración. La belleza del transfigurado contrasta con el empañamiento siniestro de la muerte y de odio producido por el hombre. Cristo transfigurado es el Cristo que se dirige hacia la pasión y muerte de cruz. De modo que la auténtica belleza cristiana no evade la historia sino que la asume y le abre horizontes que llenan de sentido la existencia. La belleza cristiana es profecía y compasión.

et in totius Ecclesiae corpore declararet implendum quod eius mirabiliter præfulsit in capite

“Y anunciar que toda la Iglesia —su cuerpo—, habría de participar de su gloria que tan admirablemente resplandecía en Cristo, su cabeza”. Ya que en Cristo «*inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter*»³² la Iglesia participa de su gloria o “de su divinidad”³³ porque así lo dispuso él mismo; la cabeza. En esta última frase del prefacio, la comunidad celebrante anuncia con el mismo Señor Jesús —Verbo Encarnado— que su Transfiguración, Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión son expresión refulgente de esa gloria que brilla en el cuerpo Místico.

El que nos “otorga la integridad de la vida”³⁴ “con la oblación de su cuerpo en la cruz”³⁵, no asciende “a lo más alto los cielos [...] para alejarse de nuestra pequeñez, sino para que pusiéramos nuestra esperanza en llegar, como miembros suyos, a donde Él, nuestra cabeza y principio, nos ha precedido”³⁶. En otras palabras, la vida cristiana que se fortalece en el Misterio de Cristo; es una constante expresión de la gloria anticipada que se celebra en la fe, ya que se une inseparablemente, por el bautismo y la vida sacramental, a Cristo nuestra Pascua³⁷.

²⁸ 1 Cor 11, 24.

²⁹ Cf. 1 Tm 1, 18; 6, 12; 2 Tm 4, 7.

³⁰ 1 Pe 3, 4.

³¹ Mt 24, 6.

³² Col 2, 9.

³³ Prefacio de la Ascensión II.

³⁴ Prefacio de Pascua IV.

³⁵ Prefacio de Pascua V.

³⁶ Prefacio de la Ascensión I.

³⁷ 1 Cor 5, 7. Prefacio de Pascua I-V.

Es notable descubrir que ya en la antigua eucología, la Iglesia tenía claro este «*iter*» de salvación en el momento de preparación al bautismo, tal y como lo presenta el «*Præfatío Symboli ad electos*» del Sacramentario Gelasiano antiguo:

*Vos itaque, ex vetere homine in novum reformamini, et de carnalibus spirituales, de terrenis incipitis esse caelestes. Secura et constanti fide credite resurrectione, quæ facta est in Christo, etiam in nobis omnibus est conplenda, et hoc secuturus in toto corpore, quod præcessit in capite. Quoniam et ipsum, quod præcepturi estis, baptismi sacramentum huc spei exprimit formam. Ibi quædam enim ibi mors et quædam resurrectio celebratur. Vetus homo deponitur et novus sumitur*³⁸.

Al formarse el hombre nuevo se aspira a ser “celestes” y buscar los bienes “del cielo”³⁹, “aquellos que no podemos nosotros ni siquiera imaginar”⁴⁰, de modo que se completa en su cuerpo, que es la Iglesia, lo que fue realizado por Cristo cabeza.

La comunidad cristiana, en su cualidad de piedras vivas, constituye el edificio viviente y armónico de la Iglesia, de este modo la belleza de la celebración comunitaria, consiste en la comunicación que nace de Cristo y es celebrada en el Misterio eucarístico, en los demás sacramentos y sacramentales, en la liturgia de las Horas. Aquí reside toda la fuerza del “ambiente celebrativo” como lugar teofánico en clave litúrgica.

Manifiestar la gloria en la liturgia

Para manifiestar la gloria será necesario disponerse y preparar el acontecimiento de la salvación en una índole espiritual, por lo que merece una especial atención, dadas las implicaciones que surgen del mismo momento en que el Señor Jesús mandó a Pedro y a Juan que se preparara un cenáculo grande para celebrar con sus discípulos la cena pascual: «*Ipse vobis ostendet cenaculum magnus stratum; ibi parate*»⁴¹.

Podemos detenernos en la contemplación del «*ibi parate*» que responde al mandato de Jesús «*Euntes parate nobis Pascha, ut manducemus*»⁴² y a la pregunta de los discípulos «*Ubi vis paremus?*»⁴³: se trata de preparar la Pascua. Llegar al momento culminante por el cual se actualiza el memorial (*zikkaron*) de la acción salvadora y liberadora de Dios en su pueblo. No se trata, entonces, de preparar solamente un lugar, sino de disponer el ánimo y la vida para celebrar la vida misma. El imperativo «*parate*» (e(toima/sate) nos lleva, así como a los discípulos, a subir a la sala de “arriba”, a disponer los utensilios para la cena, a entrar en la dinámica de salvación que será anunciada por el mismo Jesús en esa tarde, a estar con él, a esperar con él, ya que en ésa cena, el Señor nos deja un gran regalo con el que nos preparamos para cuando venga de nuevo: «*Salvator noster in Cena novissima sacrificium eucharisticum Corporis et Sanguinis sui instituit, quo sacrificium crucis in sæcula, donec veniret,*

³⁸ GeV 316.

³⁹ *Oración Coleta*, XVII Domingo Ordinario. Cf. *Oración Coleta*: Viernes después de Ceniza; Martes, Miércoles, Viernes I semana de Cuaresma; Lunes, Miércoles, Viernes, Sábado II semana de Cuaresma; XX, XXI Domingo Ordinario,

⁴⁰ *Oración Coleta*, XX Domingo Ordinario.

⁴¹ *Lc 22, 12*; *MISSALE ROMANUM, Institutio Generalis Missalis Romani (Tertia editio tónica)*. *Proæmium 1*: «*Cenam paschalem cum discipulis celebraturus, in qua sacrificium sui Corporis et Sanguinis instituit, Christus Dominus cenaculum magnum, stratum parari mandavit*».

⁴² *Lc 22, 8*.

⁴³ *Lc 22, 9*.

perpetuaret, atque adeo Ecclesiae dilectae sponsae memoriale concrederet mortis et resurrectionis suae»⁴⁴.

Con espíritu filocálico

Para profundizar en la intensidad y amor a la belleza, quiero apoyarme en la expresión del salmo «*Speciosus forma es prae filiis hominum*»⁴⁵. Se trata de una aclamación que retoma lo dicho en el Cantar de los cantares (*Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus*)⁴⁶. Contempla y ama la belleza de aquel que es el más bello: Jesús, contemplar y amar la luz que emana de él mismo. Gregorio de Nisa comentando este pasaje dice:

“Fuera de ti nada me parece bello... en cambio eres único verdaderamente bello. Y no sólo bello, sino la misma esencia eterna y personal de la belleza”⁴⁷.

San Basilio, por su parte, ilustra el deseo profundo del hombre por la belleza:

“De aquello que es realmente bueno, sentimos el natural deseo, incluso cuando a uno parece buena una cosa y al otro otra... [la] belleza, que no puede ser contemplada por los ojos de la carne, sino comprendida solamente por el alma y la mente, en todo caso, ha iluminado a alguno de los santos dejando en ellos el insoportable punzar de un ardiente deseo... Ya que se sentían oprimidos por esta vida como si se tratara de una cárcel, el ardor era incontenible de aquellos cuya alma había sido tocada por el deseo de Dios. Y ellos siempre insatisfechos por contemplar la belleza, suplicaban que se prolongara hasta la vida eterna la contemplación de las delicias del Señor. De este modo todos los hombres desean naturalmente la belleza”⁴⁸.

La experiencia de dicha belleza es identificable plenamente en Cristo pues él es “el bello y más allá de todo lo bello”⁴⁹; es “esencia eterna y personal de la belleza”⁵⁰, de modo que él mismo “quita nuestros ojos de la belleza pasajera para volverlos a la belleza de aquel que lo ha enviado”⁵¹.

El deseo de belleza es el itinerario espiritual de quien cree en el autor de la belleza, es decir del hombre creado y sediento de lo que es bello; él mismo ha sido llamado a la belleza. Dicho itinerario espiritual consiste en sentirse atraído por lo bello y comienza entrando en sí mismo, quitando los ojos de la belleza exterior destinada a pasar, fijando los ojos en la belleza interior⁵². Este es el camino de la filocalia, lo que supone asumir una distancia de las cosas terrenas y poder entrar en la dimensión contemplativa como actitud ante la actualización del Misterio en las acciones sacramentales; ya que el “corazón es la estancia mística y secreta del alma” como lo afirma Nicodemo Hagiorita.

⁴⁴ MISSALE ROMANUM, *Institutio Generalis Missalis Romani (Tertia editio typica)*. Proæmium 2; CONC. OECUM. VAT. II, Const. de sacra Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 47; cf. Const. dogm. de Ecclesia, *Lumen gentium*, nn. 3, 28; Decr. de Presbyterorum ministerio et vita, *Presbyterorum ordinis*, nn. 2, 4, 5.

⁴⁵ *Sal* 45 (44), 3: “Tú eres el más bello de los hijos del hombre”.

⁴⁶ *Cant* 1, 16: “¡Qué hermoso eres, amado mío, qué delicioso!”.

⁴⁷ GREGORIO DE NISA, *Homilía IV sobre el Cantar de los Cantares*; PG 44, 836B.

⁴⁸ *Regola difusa* 2, 1, en BASILIO DE CESAREA, *Le regole*, introd. trad. e note a cura di CREMASCHI, L., Bose 1993, 80-81.

⁴⁹ GREGORIO DE NISA, *Contra Eunomio II*; PG 45, 469D.

⁵⁰ GREGORIO DE NISA, *Homilía IV sobre el Cantar de los Cantares*; PG 44, 836B.

⁵¹ EFRÉN DE SIRIA, *Himnos sobre la fe*, 5, 18.

⁵² El cuidado de lo interior cumple una admirable sinergia con la gracia.

Se requiere buscar los pensamientos más puros e íntimos ya que han sido creados por Dios y expresarlos por medio del arte, de las formas, del canto, de los signos que fluyen del mismo Misterio, lo exteriorizan y representan. Es así que la liturgia está llamada a ser filocálica, es decir, a ser amante de la belleza y de su hacedor. En Cristo la belleza viene a nuestro encuentro, se hace íntima, nos envuelve con su luz y nos transfigura. Bajo esta luz de transfiguración podemos leer a Pablo que nos dice «*vivo autem iam non ego vivit vero in me Christus quod autem nunc vivo in carne in fide vivo Filii Dei qui dilexit me et tradidit se ipsum pro me*»⁵³.

El creyente que ha sido habitado por la presencia de Dios, está llamado a iniciar un camino de profundización y búsqueda de la belleza interior de modo que la pueda externar en su obrar y, por ende, en su celebrar de modo que debe ser consciente de:

- Respirar a Cristo⁵⁴.
- Ser templo de Dios, creado para acoger en sí la belleza de Dios⁵⁵ y ser “trono de la divinidad”⁵⁶.
- Tener un corazón puro para ver a Dios⁵⁷.
- Que las realidades visibles dejan aparecer secretamente el mundo espiritual⁵⁸, por lo que el mundo se hace transparencia de Dios.
- Que el descenso a la profundidad para el encuentro con Dios deja atrás la imperfección de la “no luz”, de “lo impuro” en un movimiento de kénosis para develar la chispa de lo “que es bello”, incluso en la opacidad del mundo.

Rito, lenguaje simbólico y percepción

Si tenemos en cuenta que el rito es una experiencia sensible de aquello insensible, entonces la actuación celebrativa debe ser una obra de arte viviente ya que el rito comparte con el arte la “esencia” lúdica. Es un acto regulado del cuerpo que conecta y/o comunica la necesidad de lo biológico con la gratuidad de lo religioso (como lo expondrá Guardini a lo largo de su desarrollo estético significativo). Lo sacro, manifestado en el rito litúrgico, tiene que ver por lo tanto con una capacidad elemental del hombre para entender su ser. Es un delicado movimiento interior, a manera de aliento, para acercarse a la “presencia” que conlleva el alejarse de las cosas, pero sin prescindir de su fuerza comunicante. Sobre todo si atendemos a la sentencia filosófica que detalla la accesibilidad que se verifica por medio de la dimensión sensible: «*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*».

La capacidad simbólica del rito y del lenguaje, no puede hacer a un lado la fuerza del contacto experiencial con la realidad religiosa. Ya que no podemos olvidar que el rito, el lenguaje y la percepción están íntimamente ligadas pues forman parte de la capacidad humana de existir, de dar respuesta a su existir, de manifestar su existir. El lenguaje simbólico —lenguaje típico de la dimensión religiosa— de la liturgia es el único capaz de expresar lo íntimo. En el rito litúrgico el hombre busca la epifanía, el aparecer luminoso de la realidad sagrada⁵⁹, por ello que en la liturgia la asamblea está invitada a vivir mirando/contemplando el misterio para asumir que en su inefable e inasible dimensión es factor de inmediatez: se une lo humano con lo divino⁶⁰.

⁵³ Gal 2, 20.

⁵⁴ Vita Antonii 91,3.

⁵⁵ ORÍGENES, *Comentario al Evangelio de Mateo* 16, 23; PG 13, 1453B.

⁵⁶ PSEUDO MACARIO, *Omelia* 6, 5, en *Spirito e fuoco. Omelie spirituali*, introd., trad. e note CREMASCHI, L., Bose 1995, 126.

⁵⁷ Mt 5, 8.

⁵⁸ MÁXIMO CONFESOR, *Mistagogia* 2; PG 91, 1129B.

⁵⁹ Cf. GUARDINI, R., *Scritti filosofici*, vol II, Fratelli Fabbri, Milán 1964, 166.

⁶⁰ Cf. *Pregón pascual*.

Actuar litúrgicamente significa llegar a ser, con la ayuda de la gracia, obra de arte viviente delante de Dios, es decir vivir y estar bajo la mirada bondadosa de Dios. Sólo cuando en los acontecimientos de la vida, y sobre todo de la liturgia, aparece el «quid» irreducible se puede hablar de experiencia religiosa⁶¹.

La belleza es la última palabra que el intelecto pensante puede osar pronunciar ya que rodea la aureola de esplendor inasible. Es por eso que resulta un reto tremendo buscar una esencia del arte si partimos del presupuesto de que cada uno encuentra aquello que busca, y como el ser de Dios abarca la totalidad, la percepción subjetiva se puede ver engañada cuando no se logra separar la belleza litúrgica de lo que parece bello subjetivamente.

El reto del rito es el de significar al hombre en el mundo lo que es diverso del mundo; rito, lenguaje y percepción que no conocen la separación entre cuerpo y mente ya que todo pasa a través del cuerpo antes de alcanzar el espíritu. Sin embargo el delicado tramado de la ritualidad significativa se descompone ante los golpes de la pérdida de identidad divina: el post modernismo y su desorden provoca una esquizofrenia y ante esta crisis el lenguaje ritual/simbólico que parece insuficiente. Urge interiorizar.

Pidamos al Padre que llene “nuestro corazón de gratitud y de alegría por la gloriosa Ascensión de [su] Hijo, ya que su triunfo es también nuestra victoria, pues a donde llegó él, nuestra cabeza, tenemos la esperanza cierta de llegar nosotros, que somos su cuerpo”⁶².

⁶¹ Cf. GUARDINI, R., *Fede-religione esperienza*, Morcelliana, Brescia 1984, 65.

⁶² *Oración Colecta* en la Ascensión del Señor.